EL MITO DE JERUSALEM

Avishai Margalit

Cuando yo era pequeño, Jerusalem se parecía más a un pueblo grande que a una ciudad. Como en todos los pueblos, se podía ver deambular a los idiotas remolcando a bandas de niños que cloqueaban tontamente. Recuerdo particularmente a una loca con la cara descarnada y terrosa, con los ojos flameantes por la cólera y el espanto, que estaba emparentada con el gran matemático Abraham Halevi Frankel. La llamábamos *Kesher Lehad* (en interacción con una persona) porque predicaba, en una mezcla de lenguas, la unión entre las personas. Una tarde, de regreso de la escuela, me quedé estupefacto al ver a Kesher Lehand sentada en la cocina con mi madre, tomando un té acompañado con pastelillos. La escena me pareció irreal: los profetas no toman el té ni comen pasteles. Bruscamente, ella se levantó, muy agitada, mascullando algo, y dijo, dándose la vuelta hacia la puerta: "*Hay que lograr la paz en Jerusalem, schmell schmell*" (rápido, rápido).

Había otro idiota del pueblo que creía ser el rey David; llevaba una boina negra y tenía una cara infantil con unos ojos azules llenos de inocencia. Como el rey David, tenía la costumbre de otorgar a cada uno de los niños que lo seguían un barrio de Jerusalem. Un día, tras haber decidido nombrarme gobernador del monte Sion, puso su mano sobre mi cabeza y se disponía a bendecirme según el extraño rito de investidura que él había creado. A mi lado estaba un joven árabe llamado Faras, que

7

* Traducción de Silvia Pasternac.

Avishai Margalit

trabajaba para un sacerdote ortodoxo griego del lugar. *¿Ya mí?*, preguntó Faras. *"Es un árabe"*, dijo uno de los niños. Después de reflexionar unos instantes, el rey David cambió de parecer, posó la mano sobre nuestras dos cabezas y nos nombró a los dos, sus vasallos judío y árabe, co-gobernadores del monte Sion.

El problema consiste en saber si esta solución sólo vale para los niños y los idiotas del pueblo. Cualquier negociante del mercado, incluso cualquier niño, dirá que el *"problema de Jerusalem"* debe ser *"arreglado al final"*. Las negociaciones entre judíos y árabes no pueden comenzar con una discusión sobre Jerusalem, porque *"eso provocaría que todo explotara"*. Los problemas son tan complejos que cualquier persona que sugiera una solución muestra, con eso mismo, que no comprende el problema.

A pesar de todo, quisiera proponer la solución siguiente: que Jerusalem siga siendo una sola ciudad, pero que se vuelva la capital de los dos Estados, de Israel y de Palestina. Ni los judíos ni los árabes han apreciado nunca este punto de vista.

8

En todo caso, es necesario separar la cuestión de Jerusalem de la del resto de los Territorios. Para abordarla, lo mejor es considerar a Jerusalem como una ciudad no dividida y conducir la negociación hacia la definición y la repartición del poder. Esta sería una solución, en la medida en que permitiría dirimir equitativamente las reivindicaciones de las dos partes.

La complejidad del problema de Jerusalem tiene que ver con el hecho de que la rivalidad actual entre las nacionalidades que se disputan la ciudad viene acompañada con la antigua y sangrienta rivalidad religiosa entre el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Para entender la violencia del conflicto nacionalista, es necesario captar la naturaleza del conflicto religioso. Al igual que la rivalidad nacionalista, la rivalidad religiosa no es, por otro lado, solamente simbólica y filosófica. Cada parte quiere, en efecto, construir más alto, más rápido y en mayor cantidad que su adversario. Desde 1967, la Jerusalem judía va a la cabeza en la competencia, y la carrera de Teddy Kollek puede compararse con la de los grandes constructores de Jerusalem: Salomón, Herodes, Adriano, Constantino, Solimán el Magnífico y el padre Antonino (sacerdote ruso

EL MITO DE JERUSALEM

responsable de la construcción del gran complejo ruso de Jerusalem). Y si los minaretes competían antiguamente en altura con los campanarios de las iglesias en esta batalla por el control del horizonte urbano, hoy los vencedores son los hoteles Hilton y Sheraton.

Las tres religiones

Nadie sabe por qué Jerusalem se encuentra allí donde está. La ubicación de las ciudades antiguas se explica generalmente con tres condiciones: las vías de comunicación, el agua y la defensa. Ahora bien, ninguna ruta importante pasa por Jerusalem; hay muy poca agua, y la antigua ciudad, a pesar de haber sido construida sobre una colina, no ocupa una posición de defensa fuerte. Parece que los cananeos habrían fundado en Jerusalem, hace alrededor de cuatro mil años, un lugar de culto; esta hipótesis está confirmada por una mención bíblica de la estadía en esta ciudad del rey Melquisedek de Salem, sacerdote de El Elyon. Después de haber conquistado Jerusalem, David hizo de ella su capital, quizás porque allí no había habido un culto israelita, y podía entonces establecer un nuevo lugar consagrado. Por otro lado, contrariamente a Hebron y Bethel, el sitio no pertenecía a ninguna de las tribus de Israel, y podía volverse entonces un territorio común. En la ley judía, Jerusalem tiene un estatus de extraterritorialidad (controvertido, por otro lado), en virtud del cual la ciudad pertenece a las doce tribus de Israel. El rey Salomón construyó el Templo de Jerusalem, donde concentró toda la actividad cultural, y convirtió así a esta ciudad en el centro de la conciencia nacional y religiosa del pueblo judío para todas las generaciones por venir.

En el año 63 antes de Cristo, Jerusalem entró en un período de dominación romana, unas veces directa y otras, indirecta. Fue durante este período, poco tiempo después de la reconstrucción del Templo por Herodes (que hizo de él uno de los edificios más impresionantes de la Antigüedad), cuando Jesús estuvo activo. En el 66 después de Cristo, estalló una rebelión de los judíos contra la ley romana, y en el 70 el Templo fue destruido y entregado a las llamas por Tito. Después del gran levantamiento judío del año 132, el emperador Adriano tomó nuevamen-

Avishai Margalit

te la ciudad y la derribó para crear en su lugar una ciudad pagana llamada Aelia Capitolina, prohibida a los judíos. En el 313, el cristianismo se volvió religión de Estado en Roma, y Constantino comenzó la construcción del Santo Sepulcro en el centro de Jerusalem, que se volvió una ciudad cristiana bizantina.

En el año 638, una nueva religión tomó el relevo en Jerusalem: el islam. La cúpula de la Peña fue edificada sobre la colina del Templo. Después de quinientos años de exilio, los judíos fueron autorizados en ese momento a regresar e instalarse en Jerusalem. En 1099, los cristianos tomaron nuevamente la ciudad de manos de los musulmanes en su cruzada para "*liberar los santos lugares*". Después, en 1187, la contracruzada musulmana -la *jihad* de Saladino- devolvió Jerusalem a la dominación musulmana. La ciudad prosperó en el curso de los siglos XIV y XV bajo el reinado de los mamelucos, esos reyes esclavos comprados en el origen en Asia Central y llevados a Medio Oriente.

10

Después de la conquista de Jerusalem por los turcos en 1517, Solimán el Magnífico hizo construir espléndidas murallas. La ciudad permaneció bajo la dominación otomana durante cuatrocientos años, hasta ser conquistada por el Capitán Allenby en 1917, fecha a partir de la cual formó parte de Palestina bajo el mandato británico. Después de la partida de los ingleses en 1948, y a consecuencia de la guerra árabe-israelí, la ciudad fue dividida en dos. Jordania se anexó la parte este, que incluía la ciudad antigua, mientras que la parte oeste se volvió la capital del nuevo Estado de Israel. En 1967, Israel ocupó y se anexó el este de Jerusalem.

Por más somero que sea el recorrido que se haga de esta historia, ella muestra que Jerusalem, que experimentó tantos cambios de poder y de religión, no es propiedad exclusiva de ninguna religión ni comunidad. En la batalla por Jerusalem, cada religión, cada Estado, funda sus reivindicaciones sobre una secuencia particular de acontecimientos que van desde la edad de bronce hasta nuestros días, que lo guían en su comportamiento actual, mientras que la historia de sus adversarios le parece un hoyo negro de donde no irradia ninguna luz.

En los tiempos bíblicos, Jerusalem y el Templo estaban divididos en áreas de mayor o menor grado de santidad, que se medía según los tabúes que se le aplicaban. El monte del Templo era más santo que el resto de

EL MITO DE JERUSALEM

la ciudad. Ninguna persona impura tenía derecho de penetrar en él (los hombres con gonorrea, por ejemplo, y las mujeres que acababan de parir o que se encontraban en período de menstruación). El patio interior del Templo, todavía más santo, estaba prohibido para los gentiles, y el vestíbulo sólo era accesible para los sacerdotes. Finalmente, sólo el Gran Sacerdote tenía derecho de penetrar en el interior, en el más santo de los lugares santos (además, no lo hacía más que el día del Yom Kippur). (Esta "graduación" en la santidad suscitó muchas controversias. Para los judíos de la secta del desierto de Qumran, la ciudad entera era tan santa como el monte del Templo y las relaciones sexuales se debían condenar en ella. La Jerusalem sacerdotal les parecía por lo tanto impura y peligrosa; por eso se refugiaban en el desierto).

La impureza de los "extranjeros"

La concepción de la santidad como una exclusión de todo lo que era impuro tuvo consecuencias históricas: poco a poco se fue clasificando a los extranjeros en la categoría de impuros. La presencia de un extranjero en la ciudad, particularmente en las cercanías del Templo, constituyó un "anatema" en el sentido estricto de la palabra. Así, el autor de los *Salmos* grita "¡Oh, Dios! los paganos invadieron tu dominio, profanaron tu santo templo". Ese fue el grito de guerra que dieron los cruzados cuando sitiaban Jerusalem, que estaba en manos de los musulmanes. Pero la idea de esta impureza que mancha a los extranjeros no se remonta solamente a un lejano pasado. James Finn, cónsul británico en Jerusalem, informa a su ministro de Asuntos Extranjeros en Inglaterra, en 1848 -el año de la "primavera de las naciones"- que un judío fue encontrado en la capilla románica el día de Pascua; por poco fue linchado por la multitud, y sólo la intervención de los guardianes turcos lo salvó, después de que lo golpearon severamente. Según Finn, un incidente similar se produjo con un médico británico al que sorprendieron en el noble santuario de los musulmanes: él también fue salvajemente golpeado y salvado por un pelo. Los extranjeros impuros no siempre se salvaron, especialmente en el siglo XX.

Avishai Margalit

En los tiempos en que el templo todavía existía, la idea del santo lugar –ya fuera que incluyera a Jerusalem entera o solamente el Templo– como lugar protegido de cualquier impureza, entró en conflicto con otra concepción según la cual Jerusalem es un sitio de peregrinaje. La Biblia ordena a los judíos que realicen peregrinajes en tres ocasiones: en las fiestas de Pascuas, de Pentecostés y de los Tabernáculos. Centenas de miles de personas afluían a Jerusalem durante esos días. Flavio Josefo habla de cerca de tres millones de peregrinos durante un día de Pascuas. Incluso si suprimimos un cero, la cifra sigue siendo impresionante. El vasto patio interior del Templo podía recibir, efectivamente, a trescientos mil fieles. Antes de la destrucción del Templo, los peregrinos venían, en su mayoría, de países extranjeros donde se hablaban idiomas diferentes. Puede comprenderse así el milagro de los discípulos "*que hablaban otros idiomas*" durante el día de Pentecostés descrito en Actos, 2. Como sea, los sacerdotes del Templo aceptaban los sacrificios y las ofrendas de los gentiles, aunque algunos sabios –influenciados quizás por la secta judía del desierto– fueran contrarios a ello. En todo caso, una afluencia semejante provocaba que fuera muy difícil garantizar la pureza de todos los presentes.

12

Para las tres religiones, Jerusalem es una ciudad de peregrinaje, pero hay un aspecto específico del peregrinaje que comparten los judíos y los musulmanes: van a Jerusalem con la idea de que serán enterrados allí, porque piensan que, cuando los muertos resuciten, los que fueron enterrados en Jerusalem serán los primeros en resucitar. Esta creencia es tan fuerte que, en el cementerio del Monte de los Olivos (donde hace poco fue enterrado Robert Maxwell), los terrenos más cercanos a la puerta Dorada, por donde se cree que llegará el Mesías, cuestan más caros que los lugares más alejados. Cuanto más cerca se esté de la puerta, menor será la espera en el momento de la resurrección. Por lo tanto, Jerusalem está rodeada por una enorme necrópolis, y si hubiera un voto concerniente al futuro de la ciudad, debería tomar en cuenta a los muertos.

La guerra entre el islam y la cristiandad en los tiempos de las cruzadas definió a Jerusalem como ciudad santa, y aquellos que la habían conquistado podían pretender que Dios había escogido su religión. A primera

EL MITO DE JERUSALEM

vista, todo ocurrió como si la santidad de Jerusalem fuera evidente para los cristianos. El drama de una parte de la vida de Jesús, y particularmente su muerte y su resurrección, se desarrolló en Jerusalem. La "arqueología santa" de los bizantinos daba testimonio también de que cada acontecimiento bíblico tenía su lugar definido en Jerusalem. No hay lagunas en la arqueología santa. Se excava y se encuentra. En el lugar donde descubrió el Gólgota y la Santa Cruz, Constantino construyó la iglesia del Santo Sepulcro.

Sin embargo, durante el período bizantino, los cristianos hablaban de lugares santos y no de ciudad santa. La idea de tierra santa y, en cierta medida, también la de ciudad santa, aparecieron con los cruzados. Ellos se consideraban como vasallos que habían venido a liberar las tierras de su señor Jesús; y, frente al judaísmo, se presentaban como el verdadero pueblo de Israel, del Israel espiritual, dicho de otro modo, los herederos legítimos de Jerusalem.

Los musulmanes también tenían cierta ambivalencia con respecto a la santidad de Jerusalem, pues veían en ella a una posible rival de las ciudades santas de La Meca y de Medina. Según el Corán, los primeros musulmanes se dieron vuelta hacia Jerusalem para orar, pero el profeta puso a prueba a sus discípulos pidiéndoles que oraran vueltos hacia La Meca. Para el islam, el fundamento ideológico de la santidad de Jerusalem se encuentra en la interpretación tradicional del relato (surata 17) del viaje nocturno realizado por el servidor de Dios desde la Mezquita consagrada hasta la de los "*lejanos confines*". En esta interpretación, el servidor de Dios está identificado con Mahoma, que partió de la Kaaba en La Meca hacia Jerusalem.

Para realizar su contracruzada -su guerra santa, su *jihad* con la intención de liberar Jerusalem-, Saladino tuvo que desplegar una intensa propaganda en favor de Jerusalem. La vieja ambivalencia fue reprimida, y Saladino -un poco a la manera de Yitzhak Shamir- pudo escribirle a Ricardo Corazón de León: "*Que el Rey no se imagine que esta concesión (la restitución de la ciudad a los cruzados) es posible*". (Cuarenta años más tarde, el gobernador musulmán iba a devolver de hecho Jerusalem a los cruzados).

Avishai Margalit

Las marcas otomanas

Esta imagen de las tres religiones disputándose los santos lugares en Jerusalem eclipsa otra lucha que se desarrolla en el seno mismo de cada religión. Jerusalem es el escenario de un enorme juego de *Monopoly* que no solamente se juega en los patios de las iglesias, los campanarios de los conventos y los cementerios, sino también en los "lugares más santos", donde se pelea por cada losa, cada columna, cada ventana. Según el relato de un viajero del siglo XIX, cada peregrino cristiano considera a los peregrinos que vienen de otros países como herejes y bandidos que abandonaron y traicionaron al verdadero Dios, a la verdadera Iglesia. Los musulmanes y los judíos tenían, al menos, la excusa de haber crecido en la ignorancia, pero los cristianos eran unos mentirosos, puesto que habían sido instruidos en la verdadera Biblia. Cuando se ha asistido, como yo, a disturbios entre religiosos en la iglesia del Santo Sepulcro, uno se da cuenta de que la situación prácticamente no ha mejorado desde el siglo XIX. Antes, el mediador entre los monjes y las religiosas era el representante del sultán; hoy, es Teddy Kollek. De acuerdo con un viejo dicho árabe, no hay nadie más corrompido que los habitantes de las ciudades santas; en todo caso, no hay nadie más fanático.

14

Se le debe al régimen otomano la construcción de las espléndidas murallas de Jerusalem, pero bajo la dominación turca la ciudad se degradó, se volvió provinciana y sucia. Cuando Napoleón se fue a combatir contra los turcos en Palestina, sitió Acre, que en esa época era un puerto importante, pero no se tomó el trabajo de llegar hasta Jerusalem. Cierta número de viajeros protestantes, en el siglo XIX, manifestaron su deseo de limpiar la ciudad, y Theodor Herzl, el visionario del sionismo, anotó en su diario: "*Si un día Jerusalem nos pertenece, la primera cosa que tendremos que hacer será quitarle toda su mugre*". Teddy Kollek, nacido en Viena, como Herzl, dió el escobazo judío que éste último deseaba.

Si el imperio otomano contribuyó muy poco en el desarrollo físico de la ciudad, sus concepciones políticas, en cambio, influyeron profundamente sobre el Medio Oriente en general, y sobre Israel y la actual

EL MITO DE JERUSALEM

Jerusalem en particular. Para los otomanos, la sociedad estaba compuesta más por comunidades religiosas o étnicas que por individuos. Hay una comunidad dominante, y el gobierno toma sus decisiones esencialmente en favor del interés de ella. Las otras comunidades tienen un estatus de minorías y, tanto para los israelíes de hoy como para los otomanos de antaño, es importante mostrar a estas minorías, a través de los actos gubernamentales, quién dicta la ley y quién gobierna. Por ejemplo, si los drusos y los circacienses actuales, contrariamente a los árabes israelíes, sirven en el ejército, tendrán más derechos que los árabes, porque son leales hacia el Estado. El gobierno da una gran autonomía a las minorías en todo lo que respecta al derecho de las personas (se considera que los matrimonios son intracomunitarios, y los matrimonios intercomunitarios no tienen estatus legal). En general, el gobierno israelí, como hicieron antes los otomanos, interfiere poco en los asuntos religiosos que tienen gran importancia para esta minorías.

Al mismo tiempo, los miembros de estas comunidades minoritarias son verdaderamente ciudadanos de segunda clase que tienen, al igual que la comunidad a la que pertenecen, un estatus secundario, incluso marginal.

La manera que tiene Israel de considerar a Jerusalem está todavía, por lo tanto, profundamente marcada por el régimen otomano. Sobre los 504.000 habitantes que cuenta la ciudad (cifras de 1988), 361.000 son judíos, ciudadanos del Estado que detenta el poder en Jerusalem. Los 173.000 restantes, no judíos, están repartidos en comunidades determinadas esencialmente por la religión. Son toleradas o no dependiendo de la importancia de la amenaza que constituyen a los ojos del gobierno israelí.

15

Los sionistas y la ciudad

El movimiento nacional judío, el sionismo, resultó ser, desde el comienzo, extremadamente ambivalente con respecto a Jerusalem. Por un lado, el propio nombre del movimiento viene de Sion, que era, originalmente, una fortaleza (y una cadena de colinas) de Jerusalem. Luego, Sion designó al conjunto de la ciudad, e incluso el conjunto del país. El sionismo le debe igualmente a la geografía santa la idea de que Jerusalem

Avishai Margalit

es el lugar más elevado de todos. Por eso se dice, para hablar de inmigración en Israel, *alya* (literalmente, subir) y para referirse a la emigración fuera de Israel, *yerida* (descender). El sionismo tradujo en acción política el deseo de los judíos de ver nuevamente Jerusalem, ese deseo que se transparenta todavía en los rezos y en las costumbres que recuerdan la destrucción de la ciudad.

Pero, por otro lado, el sionismo tenía la ambición de crear una nueva sociedad judía, que fuera totalmente diferente de la vida en la diáspora de la cual habían salido los sionistas. Ahora bien, Jerusalem era el lugar menos indicado para fundar esa sociedad. No sólo la ciudad estaba repleta de extranjeros, sino que cobijaba la "vieja Yishuv judía", la colonia cuyos miembros vivían en un exilio aún más profundo que la diáspora. Los judíos de Jerusalem pertenecían en su mayoría a una comunidad ultra-ortodoxa que los sionistas no aprobaban, que vivían de donativos y no producían nada; lo contrario de las aspiraciones de la revolución sionista. Había así tensión entre dos deseos contradictorios: aquel de regresar a la capital histórica del país y aquel de hacer tabla rasa y comenzar nuevamente desde cero. Esto explica que los sionistas hayan preferido construir una nueva ciudad judía sobre las doradas arenas de Tel-Aviv.

16

Los primeros pioneros, en particular Isaac Ben Zvi (segundo presidente del Estado de Israel), todavía podían considerar que los árabes de Palestina eran descendientes de los judíos que habían vivido allí después de la reconstrucción del Templo, aproximadamente desde el siglo V antes de Cristo. Esta creencia no es sólo producto de la pura imaginación. En efecto, es probable que un árabe palestino —que habitara, por ejemplo, en Anta (quizás la Anathoth de donde era originario Jeremías)— sea tan descendiente de los primeros judíos como Menahem Begin o Golda Meir.

La sorprendente victoria de Israel en la guerra de los Seis Días provocó en los judíos de Israel y de la diáspora la impresión de un triunfo histórico. Después de tantos siglos, la historia parecía "*de nuestro lado*", y muchos no creyentes vieron, en la liberación de Jerusalem, un "*signo del cielo*". Este sentimiento provocó que el sionismo fundamentalista se abriera paso; esta corriente está interesada en la patria y en la tierra de los

EL MITO DE JERUSALEM

ancestros, pero no se preocupa mucho por fundar una nueva sociedad. Los fundamentalistas toman ahora al sionismo completamente al pie de la letra: no quieren habitar solamente cerca de la ciudad ancestral, quieren vivir dentro de ella, en la ciudad vieja, en el centro mismo del barrio árabe.

En los tiempos del mandato británico, los dirigentes sionistas de la comunidad judía preferían habitar en Tel Aviv más que en Jerusalem; casi todos los jefes del movimiento palestino, en cambio, vivían en Jerusalem. Este hecho explica también lo que pasa actualmente. Uno de los obstáculos con que se tropieza regularmente en las negociaciones entre Israel y los palestinos es la exigencia de Israel, que rechazó la presencia de un representante árabe de Jerusalem dentro de la delegación jordano-palestina en la conferencia de paz. Para el gobierno de Shamir, toda la ciudad de Jerusalem pertenece al Estado de Israel, y permitir que los palestinos de Jerusalem participen en la conferencia significaría volver a cuestionar la legitimidad de la anexión israelí del este de la ciudad. Israel sostuvo durante mucho tiempo que los habitantes de Jerusalem-este eran ciudadanos jordanos tolerados por el gobierno israelí; hoy, ya no los quiere en una delegación jordana en la conferencia.

Las grandes familias árabes de Jerusalem se precian de ser descendientes de la familia del Profeta pero, de hecho, se han vuelto ricas y políticamente poderosas principalmente en el siglo XIX, bajo el régimen otomano. Algunas adquirieron su poder y sus riquezas como cobradores de impuestos y funcionarios. El abuelo de Fayçal Hussein —representante de la principal corriente de la OLP del lado occidental— fué uno de los primeros que estipuló la posición árabe que denunciaba la instalación sionista en Palestina, pero deseaba el diálogo con los sionistas, y con más razón con los británicos. El radical de la familia Hussein fué el célebre Gran Mufti de Jerusalem, quien jugó un papel importante, ya que cambió la posición palestina al decidir no apoyarse ya en los británicos para combatir a los judíos, sino sobre la Alemania de Hitler.

Este viraje hacia la Alemania nazi fue un error moral y político fatal para los palestinos, que nos recuerda el apoyo dado por Arafat a Saddam Hussein durante la guerra del Golfo. Pero otros movimientos nacionalistas se dirigieron hacia Hitler con la esperanza de que aseguraría su

Avishai Margalit

independencia nacional. Una facción de la resistencia judía, uno de cuyos jefes era Yitzhak Shamir, intentó negociar, al comienzo de la guerra, un acuerdo por el cual los judíos obtendrían un Estado, a cambio de lo cual darían su apoyo a Alemania. Pero el grupo clandestino de Shamir era marginal en la comunidad judía, y los nazis no se interesaron en ellos. Tenían, en cambio, mucho interés en concluir un acuerdo con el Mufti, quien era el dirigente palestino más importante.

Abb el-Kader el-Hussein, padre de Fayçal Hussein, fué un muy admirado comandante del ejército árabe palestino y, aparentemente, el único jefe capaz de organizar el esfuerzo de guerra en 1948. Fue muerto en una batalla en la ruta de Jerusalem en abril del mismo año y su muerte precipitó la desintegración de la oposición militar palestina. Fayçal Hussein retomó la política de su abuelo al conjugar la hostilidad contra los sionistas y los intentos de diálogo con los norteamericanos (sucesores de los británicos en la región) y los israelíes.

En el caso eventual en que los israelíes y los palestinos discutieran sobre la cuestión de Jerusalem, ¿qué sería exactamente lo que propondrían?

18

Por una autoridad conjunta

La primera solución es la de Ariel Sharon, de la que no se habla mucho, pero que es la que se ha adoptado en la práctica: echar a los árabes de Jerusalem, recuperando los edificios y el terreno, particularmente en el barrio musulmán (donde el propio Sharon se instaló) y en los alrededores del monte de los Olivos. Esta política resultó, paradójicamente, más fácil de realizar desde que apareció la Intifada. En efecto, después de la desgracia que los azotó cuando abandonaron sus pueblos en 1948 y tras volverse refugiados, los palestinos adoptaron la estrategia de aferrarse a sus tierras, lo cual exigía de ellos una colaboración considerable con el gobierno israelí (gobierno que frecuentemente se mostró dispuesto a dejar las cosas en el mismo estado para tener un poco de paz). Ahora

EL MITO DE JERUSALEM

bien, la Intifada es, en cierta medida, una rebelión contra cualquier tipo de colaboración con el gobierno israelí.

La segunda solución, es la solución "otomana" de Teddy Kollek, que Israel podría proponer en caso de negociación sobre Jerusalem. La ciudad completa quedaría en manos de los israelíes. La municipalidad y el gobierno central garantizarían la puesta a disposición de todos, judíos, y no judíos, sin discriminación antiárabe y en todos los barrios, de los servicios municipales. Los no judíos gozarían de una amplia autonomía en los terrenos cultural y religioso, dando quizás un estatus particular a los lugares santos musulmanes. Se daría a los árabes la seguridad de poder continuar viviendo normalmente en sus barrios.

En cuanto a los palestinos, que se colocan mayoritariamente detrás de Hussein, pedirán un retorno a las fronteras de 1967, incluso en Jerusalem, donde las partes que estaban bajo el control jordano el 4 de junio de 1967 serían retomadas por los árabes; Jerusalem quedaría entonces bajo la autoridad palestina. Naturalmente, algunos palestinos se niegan a toda repartición del poder en Jerusalem, a toda repartición del poder en Palestina, y un gran número no quiere siquiera escuchar hablar en absoluto de negociaciones con los israelíes.

Finalmente, como tercera solución, está la que yo postulo: Jerusalem estaría bajo la autoridad conjunta de Israel y Palestina, y cada uno de los Estados haría de ella su capital. La aparente simplicidad de esta solución no puede, evidentemente, ocultar sus peligros.

¿De qué clase de sistema policial podría disponer Jerusalem? Imaginemos que dos asaltantes, uno israelí y el otro palestino, sean atrapados en flagrante delito asaltando un banco local. ¿Serían juzgados por los mismos jueces o por jueces diferentes? ¿Se aplicaría la misma ley para los dos? ¿Frente a quién podrían apelar y quién podría perdonarlos?

Ante este tipo de preguntas, caeríamos en la tentación de considerar mucho más simple la solución de una ciudad gobernada por dos poderes diferenciados. En efecto, en esta solución, para responder al ejemplo del asalto, si el robo tuviera lugar en el lado israelí de la ciudad, los dos sospechosos serían juzgados según la ley israelí; del lado palestino, serían juzgados según la ley palestina.

Avishai Margalit

Sin embargo, la autoridad conjunta es preferible, pues ofrece una garantía de que la ciudad no será dividida una vez más. Si hubiera dos autoridades diferenciadas, un conflicto surgido en Jerusalem correría el riesgo de degenerar en división materializada de la ciudad en dos (como Berlín dividido en dos por el muro). El acuerdo sobre la autoridad conjunta debería prohibir formalmente toda nueva división de Jerusalem. Además, es necesario recordar que en Jerusalem este —la parte que estuvo en manos de los árabes hasta 1967— viven actualmente 120 000 judíos, que no aceptarían la autoridad y el sistema judicial palestino.

Una ciudad con distritos

Los problemas que los conflictos judiciales podrían plantear en una Jerusalem bajo una autoridad conjunta serían ciertamente de una complicación extrema, pero no parecen insolubles.

Para poder operar la solución que yo sugiero, sería necesario, sin duda, otorgar finalmente a Jerusalem un estatus especial que le permitiera tener sus propias leyes, aceptadas por los parlamentos de los dos Estados, e integradas a sus sistemas legislativos. Pero mucho más difíciles de resolver que los problemas judiciales son los problemas políticos y psicológicos. *"¿Cómo piensa usted, me dirán, que con todo el odio, el recelo, la rivalidad que se han acumulado entre ellos, los judíos y los árabes de Jerusalem podrían vivir en un sistema político que exigiera una cooperación tan compleja?"* Pienso que la muy antigua idea de gobernar la ciudad por distritos podría quizás constituir un primer paso en ese sentido. Cada distrito dispondría de una amplia autonomía en la elección de su carácter y de sus responsables.

El problema psicológico consiste en saber cómo transformar el actual odio candente en "odio platónico", es decir, en idea de odio vaciada de su contenido emocional. Sería necesario partir del principio de que las medidas políticas conducirán a la reconciliación psicológica, más que a la inversa. Cuando los jóvenes lanzadores de piedras de la Intifada sintieron, después de la conferencia de Madrid, que había una esperanza política para ellos, se acercaron a los soldados israelíes y les ofrecieron

EL MITO DE JERUSALEM

ramos de olivo. Si se hubiera esperado a que este gesto se realizara para comenzar las negociaciones políticas, nunca se habrían realizado.

Actualmente, bajo la tutela israelí, Jerusalem está prácticamente cortada en dos. Desde que comenzó la Intifada, unas fronteras de miedo la dividen. Los judíos ya no van nunca a ciertos barrios, y los árabes se cuidan de penetrar en otros. Una doble tutela quizá reuniría a Jerusalem por primera vez. Pero para obtener una verdadera reunificación, hay que derribar las barreras del miedo.